

CANTO PRIMERO.

—o—

EL BANQUETE Y LA PRISION.

I

CASI en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan, baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luego entre tomillos y espadaña,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones.

III

Era el alcázar de Florinda : había
 Una cena magnífica dispuesta,
 Para pasar hasta la luz del día
 En gozo y en placer, en danza y fiesta.
 En medio de un salon, que de armonía
 Llenaba suave combinada orquesta,
 Las regaladas mesas se encontraban,
 Y exquisitos manjares presentaban.

IV

En su reedor prelados, personajes,
 Caballeros, señoras, dueñas, damas,
 Ostentando riquísimos ropajes,
 Y acaso ardiendo en amorosas llamas ;
 Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
 De oscuros nombres y dudosas famas,
 Esperaban al rey, por tributarle
 Obsequio, y de su amor felicitarle.

V

Que, oh mengua ! por su mal aquella corte
 No era ya digna del linaje godo ;
 De aquel que tuvo á la virtud por norte,
 Virtud con que venciera al orbe todo ;
 Pues olvidada de su antiguo porte,
 Dormida de los vicios en el lodo,
 Cercada se verá, cuando despierte,
 De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI

Llega el rey con su hermosa ; altos sitaliaes
 Bajo dosel de púrpura ocuparon,
 Y magnates y damas principales
 Con vivas su presencia celebraron :
 En oro y preciosísimos cristales
 Manjares deliciosos circularon,
 De mil blancas antorchas á las lumbres,
 Que brillaban por muros y techumbres.

VII

Galan y enamorado era Rodrigo,
 Y rey que los reparos atropella,
 Queriendo al orbe todo hacer testigo
 De su ventura y amorosa estrella ;
 Y la severidad del tiempo antiguo
 Con ceño mira y desdeñoso huella ;
 Que el que adora á una linda y alta dama,
 Goza tambien en publicar su llama.

VIII

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
 Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
 Y Walia descendiente de Alarico,
 Gala, Eduvígis, Toda y Pudentila,
 Y cuantos de linaje claro y rico
 En su centro tener la corte estila ;
 Y todos al monarca celebrando,
 Y á Florinda bellísima admirando.

IX

Opas tambien, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambicion indómita esclaviza,
Llegó al festin despues de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X

Mezclado entre la turba, que asistía
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala había
Disfrutando el festin y el regio plato;
Un incógnito entróse, á quien cubría
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinta y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el arteson del techo,
Estaba, del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno, está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazon en ira.

XII

Alzase, del monarca confidente,
El jóven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atencion del concurso numeroso;
Y un tazon de oro y piedras refulgente
De jerezano néctar espumoso
Llena, y dice: "Brindemos, ó señores,
"Por el rey, por Florinda y sus amores."

XIII

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco que el tazon orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, tambien tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Ruben, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV

Era docto Ruben en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decía,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecía;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguía;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecian sus conjuros.

XV

En la corte alto crédito gozaba
 Por su edad grave y su profunda ciencia,
 Y en el banquete silencioso estaba,
 Con modesto ademan y continencia.
 La barba que en el pecho le ondeaba,
 Cual blanca nieve, daba á su presencia
 Gravedad y decoro, y un ropaje
 Ancho, negro y talar era su traje.

XVI

Apénas el tazon toma espumante,
 En pié se pone pálido y temblando,
 Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
 Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
 Y con voz ronca al trueno semejante,
 "O Dios!" exclama, "ó Dios! qué estáis brindando?
 "Sangre llena esta copa, sangre, y miro
 "Sangre do quiera que la vista giro."

XVII

"Esta opulenta mesa se convierte
 En espantable y espaciosa tumba:
 El horrendo alarido de la muerte
 En estas altas bóvedas retumba...
 Varones, desechad el sueño inerte
 De la guerra el estruendo en torno zumba.
 Ay! son lutos las galas y libreas,
 Y estas antorchas funerales teas."—

XVIII

Callaron todos, y Rodrigo helado
 Torna los ojos á Florinda bella,
 Y en su faz el terror viendo pintado,
 Al mágico maldice y á su estrella;
 Y de mil pensamientos contrastado,
 Pálido de su amada el rostro sella,
 Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
 Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX

Cuando de pronto aquel desconocido,
 Que armado y encajada la visera,
 Entre la muchedumbre confundido,
 Apoyado al pilar permaneciera;
 La brilladora espada embravecido
 Empuña, y saca de la vaina fuera,
 Y á la mesa se lanza fulminante,
 Atropellando cuanto ve delante.

XX

Una estocada furibundo tira
 Contra el pecho del rey, ronco gritando:
 "Teme, tirano, la celeste ira,
 "Que mi brazo terrible está animando."
 A un lado el cuerpo súbito retira
 Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
 En su espaldar riquísimo clavada
 La vengadora fulminante espada.

XXI

Dió la bella Florinda un grito agudo,
 Creyendo que su amante fuera muerto :
 Levántase el monarca airado y mudo :
 Tiembla don Opas demudado y yerto.
 Agítase el concurso, y al sañudo
 Incógnito, con ciego desconcierto,
 Se arrojan Teudo y otros personajes,
 Ayudados de guardias y de pajes.

XXII

Al ver su rostro,alzada la visera,
 Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
 Que hondo desmayo de ella se apodera ;
 Queda Rodrigo cual inmóvil hielo ;
 Tiembla Teudo el osado ; Opas se altera ;
 Húndense todos en espanto y duelo,
 Pues de Florinda al padre venerando,
 Al conde don Julian, están mirando.

XXIII

Halla el viajero en la desierta arena,
 Do imperios yacen del perdido oriente,
 Inculca soledad de escombros llena,
 De ruinas que el tiempo hundi6 inclemente :
 Tendido el roto mármol, donde apena
 Los rastros del cincel la edad consiente,
 Columnas derribadas y arquitrabes,
 Ya nido á sierpes y á nocturnas aves :

XXIV

Y destructoras yedras y bastardos
 Musgos brotar por juntas y labores,
 Sus hojas escondiendo y tallos pardos
 Del arte sobrehumano los primores :
 Y alzarse mira solitarios cardos
 Sobre ricos mosaicos de colores,
 Y oye cual llora tanto desconcierto
 La voz desconsolada del desierto.

XXV

Pero en medio del campo de la muerte,
 Del estrago del tiempo desastroso,
 Triunfador de la edad y de la suerte,
 Ve enhiesto en bronce livido coloso,
 (que mas que el mármol el metal es fuerte)
 Y en él yedras y musgo ponzoñoso
 Prender no logran, ni saciar su saña
 De los siglos voraces la guadaña.

XXVI

Así en la corrupcion que á España inunda,
 Solo se mira libre de su estrago
 El conde don Julian, cuya profunda
 Virtud vence del vicio el torpe halago.
 Llora la destruccion que le circunda,
 Ll6rala, sin saber, ay ! que el aciago
 Dia se acerca, en que su honor le quite,
 Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII

En vano opone su virtud sublime
 Y su ejemplo á la furia de los vicios,
 Que á su patria infeliz hunde y oprime,
 Llevándola á espantosos precipicios;
 Pues nada alcanza, despechado gime,
 Y tiempos esperando mas propicios,
 Retirado en el Bétis entre tanto
 Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII

Solo anhelaba (es padre y es prudente)
 A Florinda sacar, á su hija hermosa,
 De Toledo infeliz, y del torrente
 De vicios de la corte peligrosa;
 Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
 Crece en beldad, y aunque alta y generosa
 Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
 Que do escándalos hay, no está segura.

XXIX

¡ Y cuán leal su corazon le advierte !....
 Padre infeliz !.... pues ya la infortunada
 Hora llegaba en que enemiga suerte
 Preparaba á Florinda recatada
 Amor, deshonor, perdimiento y muerte;
 Y para él la senda desastrada,
 Por do traicion, venganzas y maldades
 Van á la execracion de las edades.

XXX

—En su alcázar antiguo la doncella,
 Entre damas ilustres, y al cuidado
 De dueña venerable, creció bella,
 Separada del mundo depravado.
 Allí mas pura que luciente estrella,
 Y con nombre de todos respetado,
 Inocente, feliz, sola vivía,
 Y de la corte ni aun hablar oía.

XXXI

Estaba cual la rosa del desierto,
 Que nace, brilla, y su esplendor lozana
 Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
 Al rojo despuntar de la mañana,
 Ignorando si el mundo está cubierto
 De otras rosas tambien, y si la humana
 Industria en los verjeles á las flores
 Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII

¡ Cuántas veces la luna plateada,
 Al asomar por cándido celaje,
 Reflejando en la cumbre empizarrada
 Del alcázar y altísimo almenaje,
 Junto al muro sorprende disfrazada
 La persona del rey, en tosco traje,
 Luz lejana observando sin juicio,
 O algun vago rumor por un resquicio !

XXXIII

Y tal vez descuidada la divina
 Beldad, que un rey la acecha, simple ignora,
 Y pulsa con la mano alabastrina
 El arpa de marfil, dulce y sonora ;
 Y en delicada voz (porque imagina
 Que nadie ha de escucharla) encantadora
 Himnos tan puros, como lo es su pecho,
 Al cielo envía, al recogerse al lecho.

XXXIV

El amador, temblando, la vihuela
 Melancólica y dulce requiriendo,
 Que ha escuchado su acento le revela,
 Amorosas endechas respondiendole ;
 Y como, simplecilla ! no rezela
 Las redes que el amor le está tendiendo ;
 Que es de algun jardinero el canto entiende,
 Y á la letra y la voz incauta atiende.—

XXXV

A la corte á brillar sale Florinda
 Por su mal ; que la cándida azucena
 Vive, y vive gentil, lozana y linda
 En el repuesto de la selva amena ;
 Pero de allí arrancada, á que se rinda
 Su alta beldad natura la condena,
 Por mas que brille una hora en el florero
 Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI

El aura del deleite suave y blando
 La doncella infeliz goza, y no advierte
 Que su noble virtud se va agotando,
 Porque respira el aire de la muerte.
 Ya el retiro apacible despreciando,
 Y la pureza de su antigua suerte,
 Discrecion y beldad lucir le agrada,
 Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII

El árbol mas altivo y generoso,
 Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
 Por mas que se defienda desdeñoso
 Del atractivo de la yedra bella ;
 Cuando al abrazo aleve y engañoso,
 Los que en torno le cercan, ceden de ella,
 No escapa de sus nudos, y enredado,
 Cual los demas, parece sofocado.

XXXVIII

Florinda arde, infeliz ! noble combate
 Contra el amor su virtuoso pecho ;
 Mas quien de combatir con amor trate,
 Solo trata de ser roto y deshecho.
 Su invencible poder la fuerza abate
 Que la doncella opone sin provecho ;
 Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
 Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX

Ay! cayó al fin!.... Levántase orgullosa
 Antigua torre que la edad venera,
 Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
 Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
 El suelo tiembla acaso, y poderosa,
 Sobre su inmensa basa persevera;
 Ni de los siglos el rigor sañudo
 Romper sus gruesos murallones pudo.

XL

Pero humilde tal vez nace en la sierra
 Escaso arroyo, y corre y se encamina
 Al pié del templo fuerte de la guerra,
 De la torre que al cielo se avecina;
 Y baña en derredor su seca tierra,
 Y con clara corriente cristalina
 La adula reflejándola, y mil flores
 Produce en sus cimientos vividores.

XLI

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
 Lentamente socava los sillares,
 Que el fiero empuje de huracan sañoso
 Resistieron, y esfuerzos militares;
 Y de las yerbas que brotó en el foso,
 Con la raiz, las piedras angulares
 Penetra, y las quebranta, y al fin hunde
 El torreón, y en polvo lo confunde.

XLII

—Y el padre desdichado!.... Pronto aviso
 Le dió don Opas, con infame intento
 De ponerle en tan alto compromiso,
 Y hacerle de sus iras instrumento.
 Corrió don Julian; voló, que quiso
 El daño prevenir; pero al momento
 Llegó, infeliz! en que Florinda es dama,
 Y nada puede restaurar su fama.

XLIII

En una fuerte torre aprisionado
 Se ve, como leon que en jaula estrecha
 Ruge en furor ardiendo, y despechado
 Terrible fuego por los ojos echa.
 En ella entró, y en ella encarcelado
 Quedó, (visto lo poco que aprovecha
 Ni sangre, ni virtud, ni valentia)
 Al despuntar la luz del nuevo día.

XLIV

“Yo lo vi, yo lo vi: destino horrible!
 Mi alcázar, que fué templo esclarecido
 De virtud y de honor incorruptible,
 En lupanar infame convertido,
 Y á mi vil ofensor aborrecible,
 De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
 Entre los brazos.... Cielos!.... y aun respira!....
 Y yo no estoy vengado!.... oh negra ira!”

XLV

“Día de maldicion eterna fuera
 Aquel que padre me llamé : maldito
 El instante en que vi la luz primera,
 Y de mi enlace el sacrosanto rito.
 ¡ No llega, justo cielo, hasta tu esfera
 De mi dolor el clamoroso grito !....
 O Dios, ¡ por qué mi brazo mas certero
 No supo fulminar el noble acero ? ”

XLVI

“Godos, godos ! salid del sueño insano ;
 Ved manchadas mis canas virtuosas
 Por vuestro aleve y bárbaro tirano.
 Temblád los que tenéis hijas hermosas :
 ¡ No me escucháis, y mi lamento en vano
 Se pierde entre estas sombras pavorosas,
 En donde, sin venganza es ya mi suerte
 En infamia esperar la tarda muerte ? ”

XLVII

“ No será ; que en el alma aun tengo brio
 “ Para librarme del Destino horrendo. ”—
 Así dijo, y bañado en sudor frio,
 En desesperacion y en ira ardiendo,
 Los brazos tiende con intento impío
 Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
 Una daga que oculta guardar pudo,
 Grita ronco, empuñándola sañudo :

XLVIII

“ Pues que no supo castigar mi espada
 “ Al mortal, que ofenderme osó el primero,
 “ Acabe mi existencia degradada ;
 “ Durar no debe en deshonor tan fiero.
 “ Líbrame de esta vida emponzoñada,
 “ Rompe mi corazon, tajante acero. ”—
 Dice, y alzando la resuelta mano
 Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
 Mortal último apoyo, atroz deserta,
 Y de reparacion no hay ya camino,
 Y de oprobio la vida está cubierta ;
 Baje el hombre al sepulcro, que el Destino
 A él le llama, con voz terrible y cierta.
 ¡ Mas quién puede perder toda esperanza
 En mundo tan sujeto á la mudanza ?

L

Tenerla debe el que agraviado arde,
 Guardarla debe el que infeliz respira,
 Y de firme constancia hacer alarde
 Cuando á la suerte embravecerse mira :
 Aunque es valor morir, es de cobarde
 Pecho tambien, si á la venganza aspira,
 Buscar la muerte, pues reposo alcanza
 Solo el que muere, pero no venganza.

LI

—Ya el despechado conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazón ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII

La acción suspende atónito, y, “La suerte
“Víctimas,” dice, “ofrece al brazo mío :
“Vengan, y cara comprarán mi muerte.
“Gracias, cielos, os doy, doblád mi brio :
“Antes, agudo acero, de esconderte
“En mi pecho infeliz, copioso río
“De sangre verterás de infame bando ;
“Y soy feliz, pues moriré matando.”—

LIII

Acia la puerta arrójase furioso
Para herir al que osare entrar delante :
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante :
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente, rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escaña á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del almo cielo.

LV

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso ;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envía el justo cielo bondadoso
Virgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos gozes le convida.

LVI

Mudo y absorto don Julian quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad, que á consolarle viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrisono alarido,
Que conmoviera el torreón alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Acia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII

Pero, ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX

Florinda no respira, y fria y yerta
Su planta vacilar mísera siente:
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX

“ Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas por que con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.”—

LXI

“ Señor, que de otro modo, ay Dios! no osa
“ Esta infeliz llamaros,” con turbada
Voz le dice Florinda temerosa;
“ A salvar vuestra vida idolatrada,
“ A daros libertad vine anhelosa.”—
“ Devuélveme mi honor, infortunada,
“ Que vida y libertad sin él no quiero.”—
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII

“ Señor,” la jóven sollozando exclama,
“ Si es que puede mi sangre, sangre impura,
“ Vertida restaurar mi nombre y fama,
“ Este pecho rasgád con mano dura,
“ Matád á esta infelice que os infama;
“ Heríd, heríd, señor; mas de esta oscura
“ Prision salíd, salvád, ay! vuestra vida,
“ Con mi muerte en su honor restablecida.”—

LXIII

Así diciendo se derriba al suelo,
 Las trémulas rodillas abrazando
 Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
 Y un torrente de lloro derramando.
 Misero el padre, convertido en hielo
 Se alza del muro, mírala, y temblando
 Ya va á echarle los brazos; mas le agita
 De repente el furor que su alma irrita.

LXIV

A la infeliz Florinda de sí arroja,
 Y en tierra la confunde con fiereza.
 Ella los piés paternos besa y moja,
 En ellos inclinando la cabeza.
 El padre.... es padre al fin.... Tanta congoja
 Templa ya de sus iras la braveza;
 Gime en el interior de su hondo pecho,
 En contraste tan áspero deshecho.

LXV

Ya mas no pudo el desdichado conde,
 No pudo mas; y con entrambas manos
 En su rostro las lágrimas esconde,
 Y todos sus esfuerzos, ah! son vanos;
 Que el corazon mas duro al fin responde
 De natura á los ecos soberanos,
 Y de lo mismo que ejecuta ajeno,
 A su hija estrecha en su abismado seno.

LXVI

Y, "Sí," dice, "sí, aun puedes, hija mia,
 "Lavar tu honor, mi bendicion ganarte,
 "Enmendar el baldon, á que á la impía
 "Suerte plugo indignada condenarte;
 "Y de tu madre.... oh Dios!... la sombra fria,
 "Que miro cuál te sigue á toda parte,
 "Pronta, qué horror! á maldecirte airada,
 "Tener reposo y paz, verse aplacada."

LXVII

"Alzate, jura por el cielo santo,
 "Jura ante el Dios terrible y justiciero,
 "Ejecutar al punto, al punto, cuanto
 "De ti exigir por desagravio quiero:
 "Lo juras?...—Y Florinda en mudo espanto
 Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
 Se deshace. Y, "Lo juras, infelice?
 "Lo juras?" otra vez el padre dice.

LXVIII

Entónces ella, lánguida, marchita,
 Con débil y honda voz, "Padre, lo juro,"
 Prorumpo; y tal horror su pecho agita,
 Que viene á dar de espaldas contra el muro.
 Sin verlo don Julian, se precipita
 Sobre la daga que en el suelo duro
 Yace á sus piés, la coge, y de esta suerte,
 Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX

“Cumple, hija de mi amor, tu juramento :
Toma esta aguda vengadora daga,
Y tu brazo con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazón deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga ;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad y vida.”—

LXX

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazón hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI

Y trémula, y bañada en sudor frío,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala ; y sus furiosos renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
“¡Faltas,” dice, “infeliz, al juramento ?”....

LXXII

“Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas ?....
“Te gozarás en mi suplicio infame ?....
“O la suya, ó mi muerte : no hay mas treguas :
“O mi sangre, ó la suya se derrame.”—
Y Florinda, “¡A qué Furias, ah ! me entregas ?”
Dice, “oh padre !.... si padre es bien te llame.
“Que horror !.... ¡yo asesinar á mi Rodrigo !”—
“Tuyo !!!” el padre gritó, “yo te maldigo.”

LXXIII

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera :
Véla caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera ;
Cuando llega don Opas sin aliento,
De su sañudo brazo se apodera,
Y, “Salvaos,” esclama, “de la muerte,
“Venid, ó conde, aprovechad la suerte.”—

LXXIV

Empero el arzobispo, que no había
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, “¡A do, padre infeliz, tu saña impía
“Te condujo ?” prorumpe horrorizado.
Y gime don Julian, y dice fiero :
“Mi maldición ha sido, no mi acero.”